

REFUGIO

Carmen Ballesteros Pizarro

Por cuenta del destino nuestro hogar pasó a ser nuestro único refugio.
La cocina se convirtió en nuestra sala de baile
y fue el salón nuestro gimnasio.

El baño hizo las veces de clínica estética,
de peluquería y de sala de curas.
Convertimos la habitación pequeña en despacho
y en estudio de grabación para filmar nuestras locuras.

Dos cajas vacías de *Cruzcampo*, hicieron las veces de sillón de lectura al sol,
en un pequeño balcón que valía todo un imperio
El gato de escayola, las palomas y el silencio de la tarde
fueron testigos mudos de nuestros “te quiero”

Porque el mundo se redujo a las paredes de nuestra casa.

Y aunque fuera todo era caos y trabajo duro,
nunca nos faltó la poesía, ni la música,
ni los arrumacos antes de dormir.
No nos faltaron dos cafés calientes en el desayuno,
las compras de los martes, ni nuevas aficiones por descubrir.

En cuarenta días nunca nos faltó el amor,
aunque a ratos nos faltara la risa
y los nuestros estuvieran lejos.

Nuestra cuarentena fue carne y literatura,
canciones, teatro, comida y juegos.
Besos, abrazos, éxtasis, el futuro y nuestro cielo.